

# Estado del malestar

NINA LYKKE



Galardonada con el Premio Brage, el más importante galardón literario de Noruega, esta novela ha supuesto la consagración de Nina Lykke como una de las grandes escritoras de su país gracias a la ironía con la que critica el supuesto paraíso de los países nórdicos. *Estado del malestar* es una divertida sátira de la insoportable levedad de la clase media surgida al calor del Estado del bienestar, vista por una mujer privilegiada que vive en uno de los países más ricos del mundo y, sin embargo, se halla siempre al borde de un ataque de nervios. Elin es una doctora muy profesional y competente, pero está cansada de ser buena, de ser una esposa y madre ejemplar, de atender a pacientes que se autodiagnostican en Google y buscan curas a males imaginarios. Bebe casi una botella al día del vino más caro y ve series de televisión, mientras su marido Axel se inscribe en una carrera de esquí tras otra. Hasta que un día, por error, Elin envía una solicitud de amistad a Bjørn, su novio de juventud, poniéndolo todo patas arriba. Acorralada por sus dilemas, Elin abandona su casa y se instala a vivir en su consulta. Sabe que en algún momento tendrá que salir de su madriguera y afrontar la realidad, pero permanece allí en una especie de estado catatónico. Desde una esquina la interpela el esqueleto de plástico Tore, una voz en *off* mordaz y socarrona que le señala las verdades que no se atreve a reconocer.

*A Ella y Alba*

Tras la ordenada vida cotidiana se esconde un pequeño espíritu maleducado que fingimos no ver, una fuerza que despierta la carne y que a intervalos regulares aplasta toda decencia incluso en las personas más decentes.

Domenico Starnone

# Capítulo 1

Nadie conoce las modas populares mejor que un médico de familia. He visto de todo: productos sin gluten, sin lactosa, sin azúcar, todas las recetas de los periódicos y de internet que convencen a personas sanas de que si dejan de comer pan o queso todo irá como es debido. Los pacientes de mediana edad no comprenden por qué están siempre tan cansados. Porque te haces mayor, les digo, pero ellos creen que esto de la edad no les concierne, igual que piensan que todo ese asunto de la muerte no va con ellos. Que la muerte hará una excepción en su caso. Dan por hecho que el cuerpo ha de funcionar sin crujidos y se sorprenden el día que deja de hacerlo. El día que las heces no salen, el sueño no llega y los músculos no colaboran. Con cuarenta y siete años no se es viejo, dice el paciente de cuarenta y siete años. Sí, le respondo. Con cuarenta y siete años se es lo bastante viejo como para que las cosas ya no funcionen como antes. Pero no están dispuestos a aceptarlo. Quieren seguir igual que hasta entonces y por eso se compran un determinado tipo de zumo o unos polvos verdes en internet, o se hacen pruebas de alergias e intolerancias alimentarias para poder seguir como antes si se toman el zumo o los polvos o dejan de consumir algún producto indispensable o no se acercan a animales peludos.

No quieren saber nada de lo que les digo, que es que tienen que relajarse, estar satisfechos con lo que tienen, comer de todo y moverse un poco, por ese orden. Estoy harta

de decírselo y ellos están hartos de escucharlo, pero esa es la verdad y la verdad es aburrida.

Es viernes por la mañana, son las ocho menos cinco. En cinco minutos se desatará el caos. «Que pase el enemigo», como suele decir una de mis compañeras. E incluso ahora, después de todos estos años, puedo estar aquí sentada frente al escritorio del centro de salud, en el segundo piso de un viejo edificio de Solli plass, y no caer enseguida en por qué hay gente fuera esperando a pasar consulta. Han pedido permiso en el trabajo para venir aquí, pero ¿por qué? En mi cabeza solo hay vacío y silencio. Sobre el escritorio tengo unos cuantos papeles, una pantalla de ordenador, junto a ella, un estetoscopio, un poco más allá una especie de máquina grande con ruedas, pero qué es todo eso, qué son todas esas cosas y qué va a pasar aquí dentro, qué se puede esperar. Por qué estoy aquí. A la izquierda, la ventana; detrás, una estantería con libros y revistas; láminas con ilustraciones del cuerpo humano en medio de la pared de enfrente. Parece la consulta de un médico, pero dónde está el médico, si aquí solo estoy yo. Dónde están los adultos, cómo he acabado yo aquí. Tiene que ser un malentendido. Tal vez pueda marcharme sin más. Hacer como que voy al baño, escabullirme entre aquellas personas que esperan afuera y desaparecer.

Pero entonces el mundo vuelve a enfocarse y me acerco a la puerta y la abro e invito a pasar al primer paciente del día, claro que sí, vuelvo a entrar en la rueda y ahí estoy, con las manos enfundadas en un par de guantes de látex y los dedos untados con lubricante frente a un hombre que está tumbado de lado en la camilla, con los pantalones bajados y el trasero blanco al aire, y en cuanto le separo las nalgas veo y huelo que no se ha limpiado bien, que no se ha limpiado en absoluto tras su última visita al baño aunque supiera que iba a ir al médico, porque sufre de hemorroides y de prurito anal, y no tengo ningún problema en ser profesional e inspeccionarle las hemorroides y después meterle

un dedo con cuidado para explorarle el recto y la próstata, ya que estoy, y más tarde sacar el dedo, tirar los guantes y lavarme las manos a fondo con un cuidado casi quirúrgico y pulsar tres veces el dispensador de gel hidroalcohólico.

—Espero que no te importe que abra la ventana —le digo—. Tengo que ventilar un poco.

Mientras tanto, él se ha puesto la ropa. Ahora está sentado y parece un ciudadano cualquiera y los bultitos morados que le rodean el ano sucio del recto vuelven a estar ocultos bajo un pantalón negro con raya.

—Lo siento. No me atrevo a limpiarme bien últimamente. Tengo miedo de hacerme sangre.

—No pasa nada.

Sí, sí que pasa, dice Tore.

Tore es el esqueleto a tamaño natural que está en la esquina, entre el lavabo y la puerta. Está hecho de plástico y es mi único testigo de lo que ocurre aquí dentro. Cuando lo compré, le puse un sombrero negro de hombre en la cabeza porque me hacía gracia. En esa época me preocupaban esas cosas, el papel que desempeña el humor en la relación médico-paciente, la importancia de la risa para la recuperación. Entonces estábamos convencidos de que cambiaríamos el mundo y el sistema sanitario noruego, y veíamos a los pacientes como un todo y bla, bla, bla. También creíamos que éramos una excepción, que éramos especiales y que este centro de salud sería algo único, y tal vez sea eso lo que al final nos anima a levantarnos por la mañana, esa firme creencia de que somos especiales, de que somos una excepción.

Sí que pasa algo. Vaya que si pasa, prosigue Tore. Podía haber humedecido el papel y haberse limpiado con cuidado. Hay muchas opciones. Podría haber comprado toallitas en el 7-Eleven y haberse limpiado con ellas antes de venir. Pero no hizo ninguna de esas dos cosas. Y si está dispuesto a ponerle el culo lleno de excrementos frescos en la cara a

una persona que no conoce, ¿qué no estará dispuesto a hacer? ¿Qué más esconde, qué más oculta este hombre?

Mientras me oigo hablarle de ejercicio físico, hidratación y fibra, intento abstraerme, de la voz agitada de Tore y del fuerte olor que hace tan solo unos minutos inundaba la estancia y que aún persiste en el aire.

Cuando estudiaba, hacía horas extra en una residencia de ancianos. Allí aprendí a abstraerme, y, después de tan solo una semana, podía pasar de limpiar excrementos de cuerpos y paredes y sillas de ruedas a comerme una hamburguesa en la cafetería. Construí una mampara hermética que separaba un lugar de otro, el antes del después, y sobre todo a mí de los pacientes.

Ahora ya no aguanto nada. Además de todo lo que se ha gastado y debilitado con los años, la capacidad de separar unas cosas de otras también ha empezado a deteriorarse y ahora tengo que hacer un esfuerzo consciente para aquello que hace años no me costaba nada.

Hablo mientras una serie de imágenes con vida propia me pasa por las retinas. Hablo de pomadas y supositorios, escribo una receta en el ordenador, pero las imágenes siguen pasando y cada vez son peores, se vuelven indescribibles, son mis propios dientes afilados que muerden las hemorroides hasta que el techo se llena de heces y de sangre. ¿De dónde viene todo esto? Antes yo no era así. He pasado cosas mucho peores. He limpiado abscesos que han salpicado no solo a quienes estábamos cerca sino, en varias ocasiones, también el techo y las paredes. He curado heridas. He visto todo tipo de fluidos corporales y olido todos los olores que puede producir una persona. No puedo derrumbarme por unas simples heces. Pero las mamparas ya no son herméticas y todo espera su momento para salir y desparramarse por completo. Si no me contengo, sería un escándalo y perdería el derecho de estar aquí, y entonces qué pasaría conmigo ahora que esta consulta y este uniforme son lo único que me queda.

Puedes tomártelo con calma, señala Tore. Además, el escándalo ya se ha producido.

Pero no aquí, le respondo. Aquí aún no ha pasado nada.

El Hombre de las Hemorroides se va. Actualizo la agenda, abro la puerta y digo el nombre del siguiente paciente, pero el único que espera ahí fuera es un hombre con gafas y coleta que niega con la cabeza. Miro a un lado y al otro del pasillo, me acerco a la sala de espera y vuelvo a decir el nombre, pero nadie levanta la vista del móvil.

Cuando me dispongo a entrar en la consulta, el Hombre de la Coleta me mira desafiante. Su mirada dice lo siguiente: Ya que el paciente anterior no ha venido, ¿puedo pasar? No, no puedes, responde en silencio mi postura. Ahora me voy a tomar un descanso, que me lo he ganado.

En otros tiempos le habría hecho pasar. Para adelantar trabajo, mantener el control y la perspectiva e irlos despachando. Sin embargo, ya hace tiempo que me he dado cuenta de que no importa lo rápido que trabaje ni a cuántos pacientes reciba. Siempre surgen más, como de un grifo abierto. Siempre hay más. No tiene fin.

Me siento frente al escritorio y miro al infinito. «No pasa nada —alcanzo a pensar—, hay que tomarse con calma estos momentos libres a lo largo del día, es importante...», pero entonces vibra el teléfono y ahora recuerdo que también vibró cuando yo tenía el dedo metido dentro del Hombre de las Hemorroides.

En la pantalla hay un montón de mensajes no leídos. Varios de ellos son de Bjørn.

*¿Qué tal estás? ¿Por qué no contestas?*

Ese también lo dejo sin respuesta, como he hecho con los que me envió ayer. O anoche, al parecer, porque, ahora que miro las aplicaciones, veo que me ha mandado mensajes a varios sitios, a media noche y a las tres y a las cuatro de la madrugada.

Esta es mi nueva táctica: no contestar, no coger el teléfono. Eso llevo haciendo desde ayer por la tarde, cuando ya estaba con los pulgares en la pantalla, como de costumbre. Pero no me salieron las palabras. Qué iba a escribir, quién estaba al otro lado, esperando una respuesta, y qué sentido tenía todo eso.

Deja que esperen, pensé, y apoyé el teléfono en la estantería. Lo harán de todas formas.

Cada hora que pasaba sin contestar, me sentía más tranquila, y ahora me irrita que haya tenido que vivir en este mundo durante más de medio siglo antes de darme cuenta de que lo mejor y lo más efectivo de todo es dejar de decir o de hacer lo que sea.

Pero no puedes desaparecer sin más, dice Tore, que quiere que siga en la lucha, tanto con Aksel, que está en casa, en Grenda, como con Bjørn, que ha vuelto a su vida matrimonial en Fredrikstad, como con Gro, que ha hablado varias veces con Aksel, como me ha dicho alguna vez en los mensajes que me ha enviado y a los que he dejado de responder.

*Creo que no está bien*, me escribió Gro ayer, y así es como solía hablar de su exmarido. Y después: *De verdad necesita a alguien con quien hablar*. Esa excusa femenina que tiene millones de años y que se utiliza para cubrir lo siguiente: Me necesita a mí.

Me imagino a mi antigua vecina y compañera de copas, sola en su enorme chalé, y a Aksel, solo en el adosado, y ahora me acuerdo de cómo se enderezaba en el asiento cada vez que Aksel entraba en la cocina, donde estábamos nosotras. No creo que fuera consciente porque, de haberlo sido, lo habría disimulado mejor.

¿Qué tienes pensado hacer con eso, me pregunta Tore.

¿Con qué?

Con que posiblemente Gro esté ahora mismo tumbada junto a Aksel en la cama que has pagado a medias con él y que tú también has cargado hasta allí.

No lo sé. No soy una persona competitiva. Si me encontrara en una situación en la que mi supervivencia dependiera de ello, sería una de las primeras en estirar la pata.

Tienes que hacer algo antes de que sea tarde.

¿Qué puedo hacer? Todo tiene que seguir su curso. Hacer algo solo empeoraría las cosas. Solo generaría una fricción que acabaría de encender la chispa que ya existe entre ellos.

No tienes más que esperar. Ahora están ahí sentados, cada uno en su casa, cada uno de ellos abandonado por su pareja. No podía ser más oportuno. La mesa está puesta. El mundo aplaudirá lo que se traen entre manos con la misma pasión con la que condena los asuntos turbios que se sellan con papeles y contratos y bienes inmuebles.

Y entonces qué.

Pero Bjørn, insiste Tore, insatisfecho por mi falta de reacción. Qué pasa con Bjørn.

Bjørn está en Fredrikstad, ha vuelto con Linda, su dueña y señora. Lo que demuestra que más que nada es adicción. Más que nada es necesidad de sumisión, necesidad de estar esposado. Después de la Guerra de Secesión, muchos esclavos eran reacios a abandonar las plantaciones, y no es tan raro. Lo raro es que muchos se fueran hacia lo nuevo y lo desconocido, que, por lo poco que sabían, tal vez fuera peor.

Varios de los mensajes son de Aksel. *No soporto ver tu ropa colgada en el armario*, me escribe. Aksel también ha madrugado y me relaja ver cómo se crispa con cada nuevo mensaje. *No soporto tenerla aquí, la he metido en bolsas de basura y las he llevado al garaje. Puedes venir a buscarlas cuando quieras, pero no entres en casa.*

Me doy cuenta de que la casa ahora es suya, y pensarlo no me acelera el pulso. Con la de años que le he dedicado a esa casa de Grenda, a limpiarla y restaurarla y a construir el desván y el sótano y ahora la he regalado y estoy aquí tan tranquila. Es cierto que la he regalado con la condición

de que la hereden las niñas y que Aksel no pueda ganar ni una corona con el alquiler sin consultárselo a ellas, pero aun así.

Si una está callada y pasiva el tiempo suficiente, empiezan a suceder cosas por sí solas y enseguida recibo otro mensaje de Aksel, a pesar de que lo más probable es que él también esté trabajando, y ahí llega la amenaza, como un gusano que se asoma por su agujero y vuelve la cabeza hacia la luz: *Ida me llamó ayer y me preguntó cuándo iríamos a Hvaler este verano.*

Traducido significa lo siguiente: tenemos que hablar con las niñas pronto, contarles lo que ha pasado. Si no tomas la iniciativa, lo haré yo. Y entonces yo seré el primero que les cuente mi versión de los hechos.

Sigo sin contestar. Cuéntales tu versión antes, Aksel. De todas formas, yo soy la mala de la película.

Tore: Pero antes o después tendrás que contestar, hablar, hacerte cargo. Y cuando llegue tu turno de contar lo ocurrido, ¿cuál será tu versión? ¿Cuál es tu versión definitiva?

Tore suelta una de sus peculiares carcajadas y prosigue, diligente: ¿Que tuviste un amante porque Aksel no te prestaba atención? Que fuiste infiel porque Aksel estaba demasiado ocupado con el esquí de fondo, ¿o no fue así? ¿Que comenzaste una relación con Bjørn porque en su mirada te reconocías a ti misma a los veintidós años? Porque tienes miedo a la muerte, porque solo tenemos una vida y no tiene sentido que...

Chis.

O sencillamente porque estabas harta. Estar hasta las narices es un mal común, pero le ponemos nombres más complejos para poder vivir con ello. ¿Me dejo algo?

No respondo y Tore prosigue. A ti y a Aksel os iba bien, ¿verdad? ¿Qué fue de esa tarde de verano cuando las niñas jugaban en el jardín o correteaban por Grenda y vosotros estabais en la cocina, quitando la mesa, hacía calor, tú no

llevabas más que un vestido corto y te quitaste las bragas y te sentaste en la encimera de la cocina? Esa vez, a Aksel le bastó con ver tus muslos morenos. Enseguida lo tuviste dentro. Estabais ahí en la cocina, con los vecinos y las niñas ahí afuera, cualquiera podría haber aparecido y lo sabíais, y si alguien os hubiera pillado con las manos en la masa solo os habría vuelto más atractivos de lo que ya erais, un matrimonio atractivo que tiene relaciones de pie en la cocina mientras sus hijas juegan en el jardín. Dejasteis los cacharros sucios y subisteis al dormitorio y lo hicisteis otra vez. Mira lo que hacías antes con tu vida y cómo lo dabas todo por hecho. ¿No estabas satisfecha?

Sí, lo estaba. Y no lo daba todo por hecho, al contrario. Y de todas formas he pasado de no entender cómo he podido acabar aquí a no entender cómo pude aguantar tanto tiempo en Grenda. Todo aquello que alguna vez temí que pudiera suceder ha sucedido y aun así me parece mejor y más correcto vivir aquí y desplegar la butaca de Ikea por las noches para montar la cama que cualquier otra cosa que haya hecho nunca. Como si todo este tiempo me hubiera dirigido hacia donde me encuentro ahora mismo.

## Capítulo 2

La primera noche de esta nueva era la pasé tumbada y despierta en la camilla, oyendo los tranvías que iban y venían a Solli plass. El último pasó con su traqueteo a eso de la una y media de la madrugada.

Al día siguiente, al terminar la jornada laboral, cogí el autobús que va a Ikea y compré una butaca que se convierte en cama. En Ikea también compré un cubo de basura grande en el que guardo la sábana, el edredón y la almohada.

La tercera noche estaba desesperada por hablar con alguien, quien fuera, sobre cualquier cosa. Intenté entablar conversación con la mujer de la limpieza cuando la vi aparecer. Le pregunté por su vida. ¿Tenía hijos? Me quedé de pie mirándola y tomando un café mientras ella trabajaba y respondía a mis preguntas. *Yes. Her name is Maria. She is five years old. She is living with her grandparents in Poland. Of course I miss her.*

No la molestes, dijo Tore. Esa fue la primera vez que lo oí hablar. En ese momento no reaccioné, habían pasado muchas otras cosas. Hablar con el viejo esqueleto de plástico que estaba en un rincón me pareció de lo más natural y le respondí, en silencio, claro, para mis adentros, pero como si se tratara de una persona de verdad: siento curiosidad por la vida de estos polacos. A menudo son gente con estudios superiores y quiero saber cómo se sienten al encontrarse en Noruega en el nivel más bajo, como personal de limpieza y de mudanzas, pintores y lijadores de suelos.

No te basta con que te limpie la consulta, también le tienes que sonsacar información.

Pero si me contesta.

No se atreve a hacer otra cosa. Es una señora de la limpieza.

Pero no lo hago con mala intención, solo quiero hablar con ella y estoy harta de analizarme. Si se hace durante mucho tiempo, al final ya no queda nada. Y detrás de todo hay otra cosa y detrás de ella otra más. No se acaba nunca.

Pronto llevaré viviendo aquí tres semanas. La butaca que se convierte en cama es dura e incómoda, y por las noches me despierto casi cada hora, pero no me doy permiso para levantarme hasta que no son casi las cinco, porque a las cuatro aún es de noche, a las cinco ya puede empezar el día y si el reloj marca las cuatro y cuarto, he de esperar hasta y veinte. Solo entonces puedo ponerme el uniforme y colarme en el baño del pasillo. Alguna vez, a esa hora, me he encontrado con compañeros y he hecho como si hubiera llegado temprano al trabajo, aún más temprano que ellos. Cero explicaciones, cero disculpas. *Never complain, never explain*. Nos miramos con resignación: así son las cosas. Los médicos de cabecera tenemos que trabajar día y noche.

—Lo que haces va en contra del convenio —me dijo alguien un día—. Te pasas la vida aquí. ¿Te has mudado a la consulta?

—Sí —le respondí—. Pensé que estaría bien. Tendríamos que resignarnos todos y mudarnos aquí todos juntos, y por qué no hacerlo cuanto antes.

Sonreímos. Je, je.

Cuando se tiene algo que esconder, merece la pena ceñirse lo más posible a la verdad. Decir la verdad y ver qué pasa. Pero no pasó nada. Mi colega asintió con la cabeza y siguió su camino.

A veces prefiero hacer pis en el lavabo de la consulta. Después guardo el edredón, la sábana y la almohada y